

AM 20/0428

LIMA, 29 de Julio de 1990.



DISCURSO DE S.E EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA  
AL CONDECORAR AL PRESIDENTE DEL PERU

Señor Presidente Alan García:

Hace ya 148 años, en el corazón mismo de esta noble y tres veces coronada ciudad de Lima, en la calle de Espaderos -a dos cuadras de la Plaza Mayor- falleció el Libertador de Chile don Bernardo O'Higgins, quien fuera también Gran Mariscal del Perú.

Nuestro Libertador terminó su vida lejos del suelo materno, aunque rodeado del afecto y la generosidad de su Patria adoptiva. El Perú acogió y dio seguridad a la vejez de un patriota americano que hizo una contribución decisiva a la común causa emancipadora, consolidada en 1824 en las serranías de Ayacucho, con la victoriosa espada de Antonio José de Sucre.

Con O'Higgins se extinguió una época y un símbolo de fraternidad. Fue esa una etapa brillante de la historia americana, en la que se vivió un patriotismo sin fronteras, puesto al servicio de un ideal de libertad que ansiaba expresarse en toda la extensión y anchura de América Latina.

Bien conocemos el curso que nuestra historia común siguiera a partir de esa mañana de 1842.

A las páginas de solidario afecto escritas en la hora de liberación, seguirían otras de desencuentro y conflicto entre hermanos. La patriarcal y simbólica figura de O'Higgins pareció esfumarse del diálogo entre dos pueblos nacidos para la amistad.

No obstante, la historia grande de América Latina reserva a nuestras naciones páginas más felices y trascendentes. La cristalización de aquellos antiguos valores -los que inspiraron a O'Higgins, a San Martín y a Bolívar- son los mismos que renacieron en este siglo, a partir de una nueva conciencia de lo americano y de la integración como instrumentos para asegurar nuestro destino de grandeza y libertad.

Fue un ilustre estadista peruano, don Víctor Haya de la Torre, uno de los primeros que extendió sus manos para contribuir, con revolucionarias concepciones, a retomar el camino de la fraternidad.

Convocados a afrontar -juntos-, peligros más grandes, y a acometer en unidad tareas tan trascendentes como las que empezaron nuestros próceres, el entendimiento entre latinoamericanos ha encontrado poderosas razones para ser postulado.

Muchos políticos y estadistas han servido a estos ideales, convencidos de que el pasado puede estar lleno de lecciones para la maduración de nuestros pueblos, pero también puede encerrarnos en una maraña de recelos y desconfianzas.

La desconfianza ha puesto una pesada carga sobre los hombros de América Latina, ha impedido la solidaridad y el consenso, ha conseguido que se desperdicien valiosas oportunidades de cooperación, ha impreso un dañino sentimentalismo tanto en la percepción propia como en la de nuestros vecinos, ha estimulado el conflicto, alimentando insensatas carreras armamentistas que han dejado un saldo penoso de empobrecimiento y angustia en nuestros pueblos.

Pese a todo, las oportunidades se han multiplicado para que prevalezca la buena voluntad, encontrando siempre fieles intérpretes de los imperativos de paz y amistad.

Señor Presidente:

Al término de vuestro mandato, Chile quiere testimoniarle su reconocimiento por la manera decidida y eficaz con la que ha respondido al llamado de aquella conciencia histórica, americana e integracionista.

Vuestro Gobierno, aún desde antes de su toma de posesión, transmitió a Chile su voluntad de promover el acercamiento de nuestras naciones, proponiendo políticas bilaterales imaginativas que han generado instancias de diálogo y cooperación que no sólo han perdurado, sino que exhiben una rica y beneficiosa potencialidad futura.

Asimismo, nuestros países han logrado progresos sustanciales en el tratamiento de cuestiones pendientes cuya solución parece enteramente subordinada al clima de amistad y cooperación que preside las relaciones chileno-peruanas.

Durante vuestro gobierno se han acercado nuestros pueblos mediante el lenguaje de las manifestaciones del espíritu creativo del hombre, como en aquella magnífica oportunidad en la que, en el Palacio de Pizarro y con el señor Presidente como digno anfitrión, se unieron las voces peruanas y la Orquesta Sinfónica de Chile para ejecutar la Novena Sinfonía de Beethoven, esa obra inmensa que proclama que "todos los hombres serán hermanos".

Posteriormente, el Presidente García quiso unirse -en Chile- a la fiesta de recuperación de nuestra democracia, vivida hace só lo pocos meses en mi Patria. Y al hacerlo, derrumbó un muro de prejuicios que se habían interpuesto entre los dos países hermanos.

Con ese gesto -de proporciones históricas- dio un paso gigantesco para sacudir las cadenas de un pasado que a veces pareciera inundar el presente con voces discordantes y dominar nuestro des tino.

Hay decisiones que se toman de frente a nuestros propios pueblos y también ante la historia. Asumirlas supone la grandeza y el coraje del verdadero estadista, que sabe discernir los grandes horizontes de la Patria, las perspectivas que no siempre están a la vista de nuestros contemporáneos. Por ello, por asumir el desafío del presente y sobrepasar cualquiera incomprensión, Ud. Honorable señor, se ha hecho acreedor a la gratitud de quienes anhelamos la paz en nuestros pueblos.

Es por tanto un acto de justicia, el que mi país os confiera la más alta distinción de la República: "la Orden al Mérito de Chile", fundada en 1817 por el Director Supremo, Capitán General Bernardo O'Higgins, como premio al patriotismo y a la entrega por la libertad. Estoy seguro que el Libertador habría firmado con gozo el diploma que hoy os entrego, símbolo de su ejemplo y merecido reconocimiento para Usted, señor Presidente Alan García.

\* \* \* \* \*

LIMA, 29 de Julio de 1990.

MLS.